

MARGARITA GARCÍA ALONSO

MOUCHE



Ediciones Exodus

MOUCHE

© Margarita García Alonso, 2019

Primera edición: agosto de 2019

© Imagen de cubierta: Margarita García Alonso

© De la presente edición: Ediciones Exodus, 2019

Editor: Ángel Velázquez Callejas

Dirección de arte: Roger Castillejo Olán

Ediciones Exodus es un sello editorial de Ego de Kaska Foundation Inc.

ISBN: 978-16-88330-59-7

Bajo las sanciones establecidas por la legislación, están rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción parcial o total de esta obra mediante cualquier procedimiento mecánico o electrónico, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

MOUCHE

1

Atención, estoy en la mosca que zumba a punto de expulsar el cigoto. Gritan: “moscas” y veo como caen. Yo también caigo. El aleteo de mi madre ha sido interrumpido por un manotazo. Poco queda reconocible. Aprovecho una tufarada de gases, me extraigo. Mi madre es una trampa pegajosa, los restos entorpecen mis patas.

Las moscas sobrevivientes se agitan mientras perfecciono una escafandra marrón rojiza semejante a la mierda. Mi vida será breve. Tengo a lo máximo un mes para provocar repulsión. Digo: “esto es una mosca” y comienza a revolotear en tu cabeza.

2

Sitiada por las montañas suizas—austríacas, cerca del Castillo de Neuschwanstein, ajusto el abrigo que hunde mis hombros como si hubiese colocado en los bolsillos piedras de todos los pueblos donde dormí y a los que nunca regresaré.

Cinco campanadas. Cada atardecer, a la misma hora, atravieso el poblado y comienza la actividad incesante antes de la oscuridad total. Los viejos cabecean frente a armatrostes que transmiten conciertos interminables. Intercambiamos saludos bajo la grisalla, alguien inclina la cabeza mientras rastrilla hojas secas, una anciana bosteza y esparce migajas de pan.

Los adolescentes saltan sobre perros que defecan en rectángulos de arena; luego se desplazan hacia las chicas de pelos filosos, acantonadas bajo la pérgola, constantemente interrumpidos por las llamadas al orden del guardián.

Los dueños y los perros se agitan en el parque. Recogen excrementos y lían un cartucho, bajo el chinchineo. El atardecer avanza con resplandor de tormenta. Se instala un rosado

que devora el gris plumizo de otoño. En breve, las sombras ocultarán al poblado.

Huele a alcohol de anís, a manzana fermentada y a tarta de nata fresca. La loneta del pasado verano se curva bajo el agua acumulada, desciende hasta la cabeza del muchacho que comenta: “terminan los bellos días”.

Lo sé, replico, engullendo un trozo de embutido. Me ha invitado sin propósito pues no tenemos nada en común. En la mesa quesos malolientes y potajes recubiertos de mendrugos de pan. Necesito un trago y con cara de hija de pastor suizo, bebo un Calvados, a culo seco. Luego me despido y bordeo charcos. Marcho como un gándul desvainado, los granos helados.

En la rotonda Tobías, el perro de nadie, ladra hacia los obreros que desdeñan la terraza. Cruzo hacia el Moleskine Café Hotel. Arrastro una silla hasta Hermes, el viejo pensionario fue profesor de Letras y carga una carpeta de manuscritos como si fuese garbanzo por ablandar.

Observo la grasa que chorrea de su dedo meñique mientras mordisquea una salchicha. El contempla la tarima, han plantado una rejilla en medio de la voluptuosidad del tapizado dorado.

—Delimitan tu plaza —susurra.

—Da igual, la rejilla teatraliza, aporta un aire de confesionario.

Desde hace meses trabajo en el escenario, presento óperas y leo el tarot a los huéspedes, detrás de una mesita de madera desgastada, estilo “Shabby Chic”, pintada de verde. Diez euros por consulta.

Hermes bebe un coñac, intenta distraerme pero necesito dinero y acepto a una clienta. Estoy en el interior de la mujer, leo su inquietud bajo las moscas que revolotean sobre terrones de azúcar. Barajeo las cartas y las moscas zumban. Las moscas se reproducen en un *bouquet* de lilas que deposita un anónimo en la mesita. Puede ser cualquiera de los que tropiezan tras los platillos de cacahuets y olivas picantes que obsequia la mesera

para aumentar la sed. Las lilas, el desconocido y las moscas reflejan mi falta de don adivinatorio.

Comienzo la consulta e invoco a *Syringa vulgaris*. *Syringa vulgaris*. *Syringa vulgaris*. *Syringa vulgaris*. *Syringa vulgaris*. *Syringa vulgaris*, repito.

Syringa es el nombre científico de las lilas, una entidad enigmática que no soporta brotes histéricos. Podía rodearme de misterio y efectos especiales, pero soy honesta, prefiero adentrarme en la vacuidad.

La mujer necesita que escuche y escucho. Tiene las respuestas, solo confirmo, sí, el marido cascabelea, sí, tiene una enemiga en su entorno, sí, puede arreglar su matrimonio. Se muestra complacida y paga generosamente.

Luego se sienta un hombre con miedo atroz a la videncia.

—Mi problema es delicado, susurra, me desprecian... La invasión ha comenzado. Los extranjeros destruyen mi tierra.

—Sea cauteloso, también soy extranjera.

—Lo sé, quizás nos asesinen con la misma daga. Nada, absolutamente nada, presagiaba a esta plaga. —Y, en dialecto del norte, comienza a enumerar males, se pone inquieto y lanza con mirada rencorosa: “Estoy aterrado, hablaremos en otra ocasión”.

—Finalicemos, balbuceo.

Es raro, los clientes buscan afección, salud, trabajo, dinero, pero él ha extraído cada palabra de una zona peligrosa. Ha venido para saber si estoy de su lado o soy peligrosa.

—Son tiempos difíciles.

—Por supuesto, afirmo.

—Cuenta conmigo, seré testigo de su fidelidad al país.

Se siente satisfecho, soltó su odio a una extranjera y paga una buena propina. Ha transcurrido media hora, justo el tiempo en que me interesa un sujeto. Tengo la sensación de masticar una pepita de mostaza picante y no logro recuperar el aplomo.

Hace poco conocí a una mujer del Este que sobrevivía a una desgracia. Se acercó a la mesa, entró en trance y me robó

los clientes. Durante semanas me relegó a un segundo plano pues añadía efectos teatrales a su espectáculo, hasta que decidí obtener explicación, había invadido mi territorio. Me recibió con la cortesía de rival que se siente superior. “Encuentra dónde te maté, dónde te mataron” —sentenció irónica. No pude reaccionar, como si ambos, el cliente, ella, activaran algo extremadamente infecto que me convertía en muda.

Hermes albergaba a la mujer. Tras algunas discusiones, en mayoría ocasionadas por la afección que él me portaba, habían decidido separarse, y ella se humanizó, comenzó a pedir favores relacionados con lavar la ropa en mi habitación.

Traté de ahondar en su frase “dónde te mataron antes”, pero espetó: “Todo lo que ves en mí, lo has experimentado. Nunca reconocerás nada de otro”.

A duras penas me recuperé, su presencia me intimidaba, y para colmo de penas, no podía escapar a la sensación de que éramos sobrevivientes de alguna maldad. Esta mujer tenía dones o me conocía. ¿Me manipulaba? ¿Quién la envió a desestabilizarme? Los que leemos el futuro estamos rodeados de personas incrédulas, seres recelosos, nunca determinas si buscan reparación o atacarán en el segundo que sigue.

El hombre manejaba mi extranjería y la pitonisa actuaba como si me conociera. Hermes, sin dudas, fabuló mi existencia, como cualquier profesor que perdió la oportunidad de hacer carrera literaria y da por sentada la impresión que provoca un sujeto. Para él, soy una poeta sin rumbo que utiliza la adivinación para escribir una novela del populacho.

La mujer desaparecía por horas, hasta que me embriagué con cerveza negra y partí a su encuentro. Desde una mesa, sin inmutarse, un chófer de caravana me indicó que se reposaba en los camiones del parqueo. Me acerqué a las rastras, nada se movía y, de pronto, se desprendió mi amuleto. Las cuentas rodaron entre las ruedas hasta su vestido. Una mancha negruzca embadurnaba el dobladillo y se extendía hasta el vientre. Ella estaba allí, tras la ventanilla, silbaba desnuda.

Hice señas para conversar, apenas entreabrió y espantó: “Comprende, ya viviste esto”.

No sé, respondí nerviosa. Temblaba en el parqueo, era noche cerrada y la mujer se carcajeaba: “¿Nunca has estado sin esperanza? Lo viviste, recuerda o lo repetirás, recuerda”. El camionero se acercó, se abrió la portañuela y comenzó a miccionar contra las ruedas. Luego arrancó, se largaban, silbaban con aire despreocupado. Sentí alivio, no era cobarde pues le había enfrentado, pero el temor adquirió forma. La mujer descendió del camión, llegó a mi lado, miraba como suelen hacer los cuervos hambrientos, posados en el alero durante el invierno. Recogió el vestido, se vistió lentamente y dijo: “Estoy muerta, tú también, estás finada pero no recuerdas. Vengo de Nowa Huta. Soy la hija bastarda del gobernador. Fue en la iglesia del Arca del Señor que te conocí. Tenías hambre y un bulto con ropa. Ese día te salvé, pero después nos aplastó un tanque ruso”.

—Nunca he metido el pie en Cracovia, atiné a pronunciar.

—Tonta, las ciudades en cemento prefabricado son idénticas, las mismas fachadas, ventanas, pasillos. Los edificios están conectados por túneles, la gente circula de un país a otro. Caíste en mi pesadilla, como yo caí antes en la pesadilla de los refugiados del Este. Transitamos durante meses de un edificio a otro, ¿dónde crees que van los que huyen del comunismo?

“La salida de los bloques se encuentra en Małopolska, en el Monasterio del Cister y su milagrosa cruz. Coincidimos entonces, nos reposamos y aprendimos la videncia, tú el tarot, yo la bola de cristal; nada terrenal nos importaba. A ese lugar se llega en mal estado, también sirve de refugio a los asesinados, a los que se suicidan, a los locos. Es un atascadero. En el monasterio deciden si tienes capacidad para transformarte en capitalista. Si no obtienes Segunda vida, eres candidato a la depresión. El casting es duro, hay que parecerse a los cancerberos que conoces para que te toque la ruleta. Nosotras no pudimos.

“Nos estancamos por meses en las carreteras de Mogiła, al aire libre, pero, detrás de cada valla de jardín se ocultaban pastores alemanes. Los perros nos delataron...”

—No recuerdo.

—Yo tengo buena memoria, reconozco a los que caen mal, a los mal encaminados. Escucha, está a punto de pasar algo horroroso en la Taberna, puedo presentirlo. Cuando llegue corre, no te detengas.

—¿Cómo te llamas? —grité mientras ella retrusaba camino hacia la rastra. De lejos respondió: “mi nombre es el tuyo, no existo”.

Tiempo después recibí una carta postal, había emigrado a América. Traté de apegarme a la razón, esto jamás sucedió, lo inventé para acomodarme a la mediocridad del Moleskine.

Hermes me acerca una copa de vino. “Entretengo a tus fans, te propagas”—dice. No es mi culpa, es el cambio de Era, necesitan atención psiquiátrica, respondo.

—Ese fanático te pasará la cuenta, agrega. Señala a un tipo desaliñado que amenaza con suicidarse si no le tiro las cartas.

“Apesta tanto que pone locas a las moscas locas”. Afirman desde la barra mientras esparzo talco sobre las cartas. Con tres golpes secos en el borde del tablero, detengo el bullicio del Moleskine.

El olor a lavanda pauta un brevísimo receso. El polvillo forma dibujos sobre la mesa, flota hasta los candelabros imitación cobre. A los cuatro minutos, cincuenta y cinco segundos, espanto las moscas y analizo al hombre que viene de sentarse.

Es un camionero a punto de abalanzarse sobre mis senos. El rostro asemeja la media que ajusta la ramera en el muslo, dejando al descubierto la ranura. De entrada, el tipo me degrada como el quisquilloso jugo de limón en una carie. No acepto la consulta. Insiste, dobla el pago. Pero me niego.

Tengo un oficio peligroso, en la posada reverbera la lujuría. El ambiente es denso, cargado de testosterona, por una apuesta deportiva o una mirada, explotan resentimientos, frustracio-

nes, incidentes que degeneran, interminables. Los que ganan, los que pierden quieren sexo, sudan vulgaridad, babean con gestos lascivos.

Me falta el aire y huelo una servilleta empapada en coñac.

“Poeta, qué importa, qué más da, es dinero, solo dinero...” dice Hermes, “soy muy torpe”, respondo.

Nos irrumpe una señora que ha recorrido kilómetros para verme. Me concentro en su diente de oro, al que pasa la lengua con deleite. Habla y gesticula mientras mastica una salchicha. Me llega un *flash*, tiene calentura menopaúsica. Respiro a la altura de su sexo, del que descienden dos piernas ajamonadas dentro de un pantalón estrecho. Al terminar cada frase lengüetea.

“El consuelo está en el bar”, digo. La mujer me entrega cincuenta euros, luego solicita vodka. La sigo para devolverle el billete, pero Hermes me extrae del molote. “Ella no vino por consulta. Es una excusa. Es dueña de la pista de esquí y de siete hoteles”. En el mismo instante, la exuberante y felina mujer arrastra al jardinero por el corredor que desemboca en las habitaciones. No es el hombre de las lilas, pienso para consolarme.

Estoy afiebrada y contorsiono rumbo al cuarto. El pasillo traquetea. Tras cada puerta imagino piernas abiertas avalando el pico de la montaña, mientras las nubes sirven de colchón.

La pared vibra sexo, sexo, sexo. Caen al suelo horribles santones y cerámicas del folclor regional. El quiebre se une a quejidos de goce. Tras malogrados intentos, vomito en el cenicero del pasillo y logro encausar la llave, penetro en la habitación y me tiro en el butacón junto a la ventana. Si tuviese coraje escribiría novecientas páginas sobre los ruidos y olores del pasillo, pero para escribir hay que tener cerilla. Estoy apagada.

Desde la ventana del segundo piso observo a un transeúnte bajo el farol. Si otro pasa, escribo. Llovizna, por momentos cae fina escarcha. En la callejuela, pasos furtivos, una sombra bajo paraguas.

La línea azul blancuzca desciende de la montaña, se interpone en el horizonte, coloca una franja pastosa en mi boca.

El entorpecimiento gana terreno hasta que, accidentalmente, con la uña rasgo la tapicería del butacón.

La guata se desparrama como una sustancia viscosa que al contacto del aire dobla en volumen. Debe estar encerrada desde hace mucho, quizás desde la Guerra, apesta como la asquerosa guata apretujada en mi interior.

Estoy muy cansada para cambiar de posición, solo los ojos vagan sobre la terraza del Moleskine. Un hombre paga el alquiler de la habitación en la discreta caseta, luego se aleja, palpando el sombrero. Al rato salen mujeres, bajo capas, las venillas a flor de piel, las narices moradas delatan que han pasado la noche fornicando.

Bajo por un café perseguida por la guata amarilla. Por mucho que sacuda, la arenilla amarillosa se multiplica. La única mesa disponible es la del tarot, en el centro del escenario. Los mismos de anoche, con las mismas chaquetas felpudas y oscuras. Huele a sudor estampado en franela, a efluvios de sexo y alcohol. Regresan por el desayuno, limpian las botas, endurecen la nuca, levantan mirada, como si las ojeras fuesen producto de desvelos y preocupaciones intensas. Es una pesadilla sin fin, finjo no conocer a nadie, me transparente como un utensilio de cocina.

Sopla el viento en la colina y traquetea el ventanal. Un tipo pide cita, se balancea, saliva sobre mi café. Si guardara una distancia prudente soportaría la impertinencia, pero se instala y su mal aliento se adentra en mi pulmón.

Me concentro en el piso de madera, luego en la chimenea. Anuncian tormenta y sonrío el camarero cuando enfilo nuevamente al cuarto.

Los ojos pesan sobre la guata amarillosa que se impregna en el marco de la ventana. Quizás escriba “esnifé una línea de cocaína”. De todas formas, todo ocurre en la mente.

Hermes me reclama desde la portería. “¿Todo bien?”. En el limbo, respondo, inclinándome para alcanzar la taza de café que me ofrece. El café salpica su camisa, pero él se inquieta

por la guata y las moscas que espanta la mujer que limpia la habitación vecina.

—Demasiada guata, necesitas dormir una noche entera.

Desvió el regaño. “Ayer, Thomas atrapó una coneja del prado, su águila se revolcaba excitada por el aliento de los perros”.

El viejo se zarandea horrorizado. Perdona, no suena correcto en tu idioma. Hermes sonríe: “¿Me acompañas? Dormiremos en el refugio de Lanzelot”.

Afirmo, pero mis botas tienen las suelas desvencijadas. Se las muestro desde la ventana, sin entusiasmo, hasta pasado el mediodía no abre el zapatero, retardaré al grupo.

En segundos se activa la expedición, cerca de treinta excursionistas contornean el bosque, Hermes se planta en el altillo y mueve los brazos. He visto ese gesto de adiós. Sé que es definitivo. Es un gesto de sepulturero, una loza.

Salto peldaños, desciendo a la recepción, corro para detener a Hermes. Avanzo como si arrastrase una maleta que no cierra y a cada paso esparciera ropa. Estoy asustada pues presiento desgracia. Corro perseguida por la guata apestosa y las moscas. Todas las moscas de todas las habitaciones inundadas de semen, se mezclan a los moscones de otoño y redoblan zumbidos.

Cuando alcanzo a Hermes me avergüenzo. *Lo siento, no soy vidente, no poseo dones, pero tuve un presentimiento.* He detenido la ascensión, el corazón machaca mis costillas. Hermes ordena ajustar el material y ofrece un trago de cidra. Los turistas se descalzan, se ponen flácidos en la ladera.

“Inexperimentados”—murmura. La temperatura ha descendido seis grados en un escaso kilómetro loma arriba. “Algún día me iré pero ahora voy a disciplinar a estos palmados”.

Le abrazo y emprendo descenso. Tirito, lagrimeo sobre la camisola de franela con su espantosa impresión de osos polares. *Cuidese*, grito y devuelve: *vete a escribir.*

Otra vez el perro en la rotonda aúlla al patrón del Moleskine parapetado en la acera. En la posada, la patrona reparte toallitas calientes, olorosas a limón, con ellas intenta detener el

resfrío de los huéspedes. *Pon los pies en agua caliente, traigan café fuerte.* Ordena, mientras el camarero deposita un ramito de lilas en la taza.

—Te va bien la combina de dormir —añade.

Examino sus ojos grises, quisiera pronunciar una palabra amable, pero un escalofrío la desvía al vientre. Su respiración rebota en mi mejilla, contracta los músculos, se acerca peligrosamente y es interrumpido por la patrona quien exige que enciendan las luces.

—Hermes cuenta que escribes.

—¿Cuándo, a quién contó?

—A todos, en el desayuno, explica el camarero. Deposita en la mesa una ristra de hojas con el logo del propietario. Me dijo que aceptas este tipo de regalo.

Estoy paralizada, con el manojito de papeles frente a la taza de café. Los nubarrones descienden, se posan en la ventana y estalla un ruidoso aguacero. El salón reverbera de camioneros que abandonan la ruta hasta que mejore el temporal.

El patrón, Kartoffel —patata—, planta la barriga en medio de la multitud. “Aprovecha que nieva, me interpela confanzudo, tu contrato incluye cena, tres cafés y un trago alcoholizado; canta hasta que escampe e incluiré el almuerzo”. Me apretuja el hombro: “si eres escritora aumenta tu valía”.

Sin esperar respuesta, anuncia que cantaré algunas arias y leeré el tarot a los afortunados comensales. La patrona considera que pone demasiado entusiasmo y me ataca con su frase preferida: “A tu edad hubiese sacado provecho de ese cuerpo. He avisado al periódico que escribes. Debes firmar lo que te pidan, sé gentil”.

Pero, doña, no tengo nada terminado, aclaro.

—Firma servilletas, escucha bien, firma todo lo que te den a firmar, no solo porque soy el personaje principal de tu novela, también por el Moleskine Café.

Observo su molar dorado, ella mira mi diente virado y recorre las mesas, ofreciendo plazas para personajes secun-

darios del manuscrito que se supone estoy escribiendo. Estoy rodeada de pretendientes a instalarse en el texto. Estoy rodeada de moscas que zumban y desespero. Mi pupila sobrevuela la taberna. Puedo pegarles en una tira de papel, puedo encerrarles en el libro, ahogarles en un párrafo.

Para que abandonen la obsesión de la novela, comienzo el espectáculo con “Ponte el traje”, un aria de Leoncavallo. El mediodía se instala y no he tenido tiempo de cambiar el pijama. Delante de todos deposito rojo cereza en los labios y aumento los ojos trazando líneas hasta las orejas. La gente paga, quiere olvidar la tempestad, quiere reír. Soy la payasa que escribe en este pueblo. Soy la payasa que no escribe.

Va pensiero, entono el coro de la ópera Nabucco, sobre el exilio hebreo en Babilonia tras la pérdida del Primer Templo de Jerusalén. La nostalgia cierra mi laringe: *Oh mia patria sí bella e perduta!* —¡Oh patria mía, tan bella y perdida!” Me pesan los hombros y el embrutecimiento desalienta los gestos. No puedo abrochar el botón de la camisola.

Soy consciente, no es la primera vez que caigo en doble carrilera. Ya me ha sucedido este desdoblamiento, me veo en un estadio, rezagada en la carrera recibo codazos de los que terminan la primera vuelta. Me lanzo con esfuerzo descomunal, pero no muevo pie, clavada en la arena rojiza, junto al pasto verdísimo y húmedo. El mal mordisquea la nuca, parpadea un ojo. La pierna izquierda está adormecida.

Sigo el programa que repito desde hace meses, mientras la angustia hace trastadas. Explico la partitura de *Una furtiva lágrima*, de Gaetano Donizetti. Nemorino compra un elixir de amor al charlatán Dulcamara, convencido de que al ingerirlo conquistará el corazón de Adina. Pero le han vendido vino de Burdeos y Adina se casa con otro.

Aprieto el play y solicito whisky. La mayoría de las veces entono una estrofa y recurro a la grabación. Hoy tarareo, *E lucevan le stelle* —brillan las estrellas, la romanza de Tosca y menciono el Castillo San Angelo. Comienza un melancó-

lico y desolado clarinete. Tengo calambres aferrándome al gramófono. No estoy alcoholizada y me estremece que unos tipos bruscos y vulgares no puedan pasarse de ópera cuando llueve. El camarero de las lilas aporta whisky y se refugia, unos instantes, a mi lado.

“Y cae entre mis brazos... ¡Oh, dulces besos!” —Un sorbo de whisky— ¡Oh, lánguidas caricias, —un traguito— Se desvanece siempre mi sueño de amor... —otro sorbo de whisky— El tiempo huye y muero desesperado —un sorbo de whisky— no he amado nunca tanto la vida —con la lengua limpio el fondo del vaso de whisky.

El amor es un pájaro rebelde, canto con brío, pulverizando el sopor. En el salón corean el estribillo de Carmen y una pareja danza frente al bufet que sirve a voluntad panes de mantequilla y confituras de frutas rojas. Me roban el show, levantan servilletas, pero no tengo fuerzas para recorrer el salón. No tengo inspiración. Soy una mosca encerrada en la loca que carga una maleta de espíritus.

Los clientes beben satisfechos. El olor a sudor, mezclado con perfume y alcoholes desafía a las moscas que rondan sobre los platos sucios del desayuno. No escampa y aviso que en breve leeré el tarot, a quién desee, por diez billetes. Inmediatamente atraigo al enjambre, se abalanzan, discuten cita.

Llevo horas removiendo cansancio, pidiera otro café si no fuese por el ardor en el esófago. El camarero, experto en alcoholizados, me sirve vodka y me arrastra al baño donde regurgito la angustia.

Sentada en el suelo observo, limpia el lavamanos, me limpia la cara y enciende un cigarro. Una pared, en cartón madera, nos separa del bar. *Nunca he preguntado tu nombre*, susurro; él continúa acicalándose, como si fuese una niña abandonada en un inodoro público.

—Nos conocemos, murmura, soy...

El nombre se apaga bajo el grupo que irrumpe y suena cucharillas en botellas de cerveza. Nos extraen con ímpetu, nos

devuelven a la sala que reclama una última canción. Estoy a punto de desmayar y entono un fragmento de *Madame de Butterfly*.

“Un día veremos levantar un hilo de humo en el extremo confín del mar. Una nave blanca entrará al puerto, pero no iré a su encuentro. Esperaré en la cima. Un hombre subirá esa colina”.

—Mujercita, leo en los labios del camarero.

Con la cabeza afirmo, desde la escena, pero no estoy segura de lo que dice. Apesto a vómito, no es momento de comenzar nada. A la fe, vitoreo, levantando la copa. El Café entra en efervescencia, solicitan botellas, silban. Arrecia la nevada.

Tengo el hambre desbastadora de las tres de la tarde y mordisqueo una tostada mientras intento escapar de la muchedumbre. El camarero lustra cucharillas, le veré más tarde. Pero, apenas pongo el pie en la escalera, escucho al helicóptero.

“Avalancha”, gritan en la calle. El camarero corre a sostenerme. Su colonia impide que desmaye. El pánico es general, los clientes se aglomeran en la entrada de la posada. Debo hacer algo, pero qué. Reconozco la urgencia mas estoy paralizada. La callejuela se abre y un hoyo traga los manteles. El Moleskine Café emerge bruscamente de mis entrañas. Levito hasta las nubes y veo a Hermes en el borde del barranco junto al manto que siembra a los excursionistas.

En el parqueo organizan el rescate y ruegan para que acabe la nevada. Las noticias se suceden como en una mala película. Otra avalancha detiene al equipo de socorro, comentan: “quedan pocos sobrevivientes”. El patrón ofrece vino caliente y coloca en el *hall* la lista de huéspedes que han partido en excursión.

Hermes es el primero que bajan del helicóptero, suplica que destierren al resto. De su cabeza desciende una nube rojiza que se extiende por el cuello para estallar como un fuego de artificio. Su nariz gotea, de las orejas, de la boca brota sangre que se mezcla con el café que derramé al amanecer sobre su camisa de alpinista.

Ha muerto, grito, ha muerto. Empujo a los socorristas y corro como si estuviese en una ceremonia iniciática y debiera romper el horizonte.

En la rotonda pierdo el aire, de rodillas contemplo el ajeteo. El perro husmea la tarde enrarecida por las sirenas. Husmea mi miedo y se esconde en los matorrales. El espanto dilata mi percepción. Otra vez adopto la mirada telescópica de mosca, el bosque y las casas se alejan, se acercan, movidos por un resorte invisible. El pavimento gravita, los árboles se inclinan, las aves revolotean en círculos, el humo de las chimeneas se confunde con los nubarrones que rozan los tejados.

A lo lejos, mi camarero sacude el delantal y desaparece en la desesperada evacuación. La avalancha amenaza con sepultar al poblado, el ruido es inmenso, mezcla truenos con el retumbar de inmensidad. La blanca cascada desciende por la ladera, estoy en su ruta. Las rocas alzan repentinamente una frontera. Mi respiración se agita, la presión me empuja, sobrevuelo la cerca acompañada del toldo, el ladrillo, la veleta, propulsada por la explosión de los elementos, hasta que veo al perro en la bordura del bosque, y caigo, aparatosamente, sobre heno. El perro aúlla en un lugar impreciso, mientras caen los árboles corro, me adentro en la tupida vegetación semejante a la muerte.